

El ladrón de libros

ÉL

El primer libro fue algo involuntario. Estaba ojeando el tocho inconmensurable de Jaume Cabré, *Yo confieso*. Me habían asegurado que valía mucho la pena. Que las técnicas para saltar de un tiempo a otro sin apenas indicación alguna eran increíbles. Estaba sopesando dos cosas, el peso y el precio, casi novecientas páginas debían valer un ojo de la cara, cuando me sonó el teléfono. Apenas había cobertura y salí a la calle. Me llamaba Nelly, mi hermana, que necesitaba que fuera a buscarla al súper, pues había cargado más de lo que pensaba y no podía con las bolsas. Hablando con ella seguí calle abajo, sin darme cuenta de que llevaba el tocho en la mano. Hasta que no colgué no fui consciente del libro. Ya no me daba tiempo a volver, así que pensé en devolverlo después de comer. Pero esa tarde se me complicó la vida y no pude. Y por la noche quise hacerme una idea del tema. Leí unas doscientas páginas del tirón antes de dormirme. Por la mañana tenía el propósito de acabarlo antes de devolverlo. Total ya había dormido fuera de la librería una noche. Podría hacerlo otra más. Lo restituí dos días más tarde.

Abrían a las nueve y media. A y cuarto dejé el libro en el escalón de la librería y me fui a la cafetería de enfrente, para vigilarlo primero, y para ver la cara de la librera después. Se quedó parada.

ELLA

Llegué a la librería con paso rápido. El otoño había entrado de golpe y yo no me había abrigado lo suficiente. Eran poco más de las nueve y cuarto y abrían a las nueve y media. Me gustaba ser puntual y recibir a mi primer cliente con una sonrisa.

Era librera por vocación. Me gustaba leer. Me gustaba repasar los libros en sus anaqueles. Cuando no había nadie les pasaba la mano por el lomo y les sonreía agradecida no sabía bien por qué. Me gustaba el olor del papel. Y sobre todo me encantaba desembalar las cajas con los nuevos pedidos.

Cuando fui a subir la persiana vi en el suelo una bolsa de papel marrón con asas. Miré a todos lados y no vi a nadie. Me agaché y la cogí. Dentro había ¡un libro! Increíblemente metí la mano y me encontré con el tomo *Yo confieso*, de Jaume Cabré. El libro estaba nuevo, sobresalía un marcapáginas. Estiré de él con cuidado y mi sorpresa fue mayúscula ya que aquel "punto de libro" era el de mi librería "La araña azul", con una araña risueña colgada de un hilo azul donde se dibujaba un plano de un tesoro. En el cofre señalado con una cruz asomaban libros que desbordaban la tapa.

Le di la vuelta y comprobé que pertenecía a mi librería.

Sabía los ejemplares que poseía de cada título así que me dirigí a la estantería y los conté. Faltaba un ejemplar. No lo había vendido. Estaba segura. Aún así abrí el ordenador y busqué el título. Efectivamente deberían quedar cuatro ejemplares y solamente quedaban tres. ¡Me habían robado el libro! ¡Y me lo habían devuelto!

Un ladrón con cargo de conciencia, pensé.

Primero me entró rabia, pero después pensé que sería algún lector sin recursos. Me acordé de pronto, no sé por qué, de *La sombra del viento*, donde unos libreros protegen al protagonista, y también de una anécdota que contaba otro librero: que un estudiante venía a leer cada día un libro a su librería, y al verlo tan entusiasmado, se hizo el distraído para que pudiese llevárselo, y otros ejemplos similares me venían a la memoria sin darme cuenta.

¡Descubriría quien era ¡Vaya historia!

Pasaron varias semanas. El tiempo era cada vez más frío. Nevó en el Montseny e incluso La Mola se veía blanca en su cumbre.

Cuando entraba algún cliente me fijaba bien a qué estantes se dirigía, qué compraba o si solo miraba...me quedaba cada día una hora más para comprobar si me faltaba algún libro. Había ideado un sistema bastante visual y rápido para saber si en los anaqueles quedaba algún hueco, y aunque echaba mi tiempo, no me importaba.

Estaba hasta emocionada.

Quería descubrir quién era. Del pueblo seguro, porque los clientes eran más o menos habituales.

Él

No me esperaba una reacción tan rápida. Pensé que, tras la primera sorpresa, no le daría más importancia. Pero no fue así. Cuando volví a la librería dos días más tarde algo había cambiado. Todo estaba igual, pero había una vibración extraña. Como una alerta silenciosa disparada. Por supuesto no había pensado repetir la acción pero esa tensión (y mi floja economía, todo hay que decirlo) me dio la idea. Iba a jugar a leer gratis de vez en cuando.

Estuve un par de semanas remoloneando por la librería. Siempre cuando había más gente y podía pasar desapercibido.

Observé que la tensión que había notado el primer día se fue relajando poco a poco. Ya había fichado un libro. Era el último éxito de Julia Navarro que estaba repetido en dos montones sucesivos.

Marta, la librera (sabía su nombre) había reordenado los libros en montones iguales. De esta forma, deduje, de un solo vistazo sabía si faltaba alguno.

Por ese motivo llevaba otro del mismo grosor en mi carpeta de la autónoma. Esperaba que en algún momento me diera la espalda para dar el cambiao.

Ocurrió cuando siguió brevemente a un cliente que entró en la librería buscando un libro concreto de Argüñano.

Cuando lo dejó junto al estante para que él mismo eligiese, vi que se volvía rápidamente y repasaba con la vista el tamaño de los montones. Siguió despacio su ronda. Yo ya había hecho la sustitución.

Unos minutos después salía tranquilamente por la puerta.

ELLA

La sonrisa se me borró de los labios. Revisaba mecánicamente los montones de libros convencida de que todo seguía igual. Mi estratagema estaba dando resultado. De pronto me saltó a los ojos un lomo diferente. Estaba en el montón de la esquina.

No podía ser. Yo no lo había incluido allí. Me acerqué como con aprensión. Como si el libro pudiera saltarme encima.

Lo saqué. Era el tercero por arriba. En efecto. *La intemperie*. No podía ser. Lo había vigilado. El libro era duro pero interesante. Me gustó mucho cuando lo leí. El ladrón salía perdiendo en calidad y ganaba en actualidad. Los dos perjudicados. Yo como librera me interesaba la actualidad. Él como lector debía preferir el libro de José Luis Carrasco. El cambio era honrado. Pero eso no disminuyó mi desazón por no haberlo atrapado. Me la había jugado de nuevo.

Miré hacia la calle con decepción. El viento soplaba a ráfagas arrastrando las hojas caídas de las plataneras.

Antes del fin de semana, cuando volvía a comer y me preparaba para el trajín, delicioso para mí, de los viernes, me encontré de nuevo con la bolsita de papel marrón en la puerta.

Allí estaba el libro. Casi impecable. Sólo yo sabía que el libro había trasnochado bajo otro techo durante unos días.

Miré a todos lados pero no aprecié nada diferente. La relojería de la esquina, la horchatería cerrada, la panadería cafetería con sus grandes cristaleras y la gente que desayunaba antes de comenzar sus rutinas diarias.

Suspiré.

Lo pescaría. ¡Claro que sí!

ÉL

Volví al día siguiente para comprobar si ya se había percatado. No había duda. Cinco días más tarde lo devolví. Esta vez lo hice al mediodía. No me cogió por los pelos. Volvía de comer diez minutos antes de la hora de abrir. Yo acababa de entrar en la cafetería. Menos mal que no se le ocurrió tomar café.

Durante dos meses seguí la misma estratagema.

Cada vez más confiado.

Así leí *Las tres vidas de Manolita*, *La otra orilla*, *El juego de Ripper*...

Para el siguiente libro, *El jilguero*, esperé a que hubiera alguna situación especial.

Aproveché que había programado la presentación de un libro infantil.

La librería estaba abarrotadilla. Bueno, como no era muy grande se llenaba pronto. Una veintena de padres, con sus respectivos retoños de edades varias se acomodaban como podían en el espacio destinado a la presentación. Me quedé atrás, al final, y esperé con paciencia a que se acabara el acto. Cuando finalizó y se armó el revuelo de rigor, con todo el mundo yendo a la puerta de salida unos, otros comprando el libro y otros pidiendo dedicatorias, aproveché la ocasión. Me acerqué al montón de libros y comencé a ojear distraídamente uno. Cuando iba despacio hacia la salida noté una voz clara en mi oído

-Si me invitas a un café te lo regalo. O si prefieres, cuando lo leas me lo devuelves.

Quedé petrificado. Me volví y allí estaba ella mirándome con una sonrisa de Gioconda.

ELLA

Las primeras amenazas del frío no se cumplieron. Desaparecieron los blancos de las cimas y se suavizó la temperatura. El otoño volvía a su melancólica dulzura.

Los días se sucedieron. Cada dos o tres semanas, un libro desaparecía y volvía a encontrarlo, como un rito, una semana después en su bolsita marrón en la puerta.

Se me había pasado la rabia. Ya no estaba enfadada. Incluso lo esperaba con cierta emoción.

Claro que yo estaba ojo avizor. Era como un reto, un juego.

Cuando programé la presentación del libro infantil se me encendió la chispa. ¡Ese sería el momento adecuado para sustraer otro libro! El ladrón pensaría lo mismo.

Efectivamente, esa tarde, con los papás, y los niños, la librería estaba llena. Yo no dejaba de vigilar alrededor. Le había pedido a Antonia que me echara una mano.

Cuando acabó la sesión, yo seguía pululando por la librería con aire inocente, pero me fijé en Alejandro, un joven sustituto eventual (según me comentó en una ocasión) de instituto. Tímido, con gafas italianas, buen lector, joven y agradable que venía con frecuencia por allí. Sospechaba que no venía tanto por los libros como por mí.

Remoloneaba alrededor del montón de novedades.

Lo vi detenerse y ojear *El jilguero*.

Me gustaba. Lo seguí observando y vi con asombro cómo se ponía el libro debajo del brazo y se dirigía a la puerta.

Aguantándome la risa, me acerqué por detrás y le susurré:

-Si me invitas a un café te lo regalo. O si prefieres, cuando lo leas me lo devuelves. Yo ya lo he leído. Tiene un aire al "*Yo confieso*". Te gustará.

Por supuesto, no fue el último café que tomamos juntos.

RAFIPA